



NOTAS SOBRE LA TEORÍA INTERSUBJETIVA DE JESSICA BENJAMIN: DERIVACIONES SOBRE DOMINACIÓN Y VIOLENCIA CONTRA LAS MUJERES

Ariel Martínez¹

Identidad de género y diferencia sexual en el pensamiento de Jessica Benjamin

A criterio de Jessica Benjamin (1997), el significado de la diferencia sexual ha comenzado a cambiar al interior de algunas corrientes del psicoanálisis contemporáneo. Si bien la tendencia naturalizante detectada en el pensamiento de Freud se solapa de manera sutil, actualmente la diferencia sexual ya no suele ser considerada como producto de hechos anatómicos. Por otra parte, la autora es sensible a las críticas que ciertos sectores del feminismo contemporáneo han esgrimido en torno a la categoría de identidad. De este modo, la autora toma la problemática que gira en torno a dicha categoría como un organizador central a partir del cual propone un modelo de desarrollo de los géneros centrado en la lógica de la identificación, en tanto proceso psíquico interno. Tal proceso se presenta como uno de los conceptos psicoanalíticos privilegiados para pensar la conformación de la subjetividad, en general, y del anclaje psíquico del género, en particular, desde un punto de vista intersubjetivo. Al mismo tiempo guarda en sí la potencialidad para articular estos desarrollos con el problema de la diferencia sexual.

A criterio de Benjamin, la lógica de la identidad articulada por el Edipo freudiano se organiza en torno a lo que la autora ha dado en llamar eje igualdad-diferencia. Es así que bajo este eje la identificación tiende hacia lo igual al tiempo que el abismo de la diferencia constituye las fronteras entre identidades opuestas. Reconocer tal diferencia implica delimitar el conjunto de representaciones, actitudes, sentimientos que quedan por fuera del modelo social incorporado a través de la identificación, para luego repudiarlo y circunscribirlo a aquello que uno no es, lo que uno nunca fue, incluso lo que uno no podrá ser jamás. Esta concepción de LA diferencia, singular, y la concomitante direccionalidad impuesta a la identificación y, desde allí, al deseo, conduce a las identidades genéricas por la vía de la coherencia, la inevitabilidad, singularidad y uniformidad. En este contexto conceptual Benjamin afirma que la identidad es destino.

¹ Licenciado y Profesor en Psicología. Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales (IdIHCS) - Centro Interdisciplinario de Investigaciones en Género (CINIG), Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Universidad Nacional de La Plata / Comisión de Investigaciones Científicas (CIC), Provincia de Buenos Aires.



La autora se inclina por generar un relato contemporáneo de desarrollo del género por fuera del anticuado y conservador modelo edípico freudiano. Para ello privilegia la categoría de identificación, pero no aquella que entreteje las identidades rígidas y normativas que arroja el Edipo freudiano clásico, dicotómico y heterosexual, sino que deslinda la posibilidad de concebir identidades inestables y múltiples que permiten interrogar la diferencia sexual al desenmarcarla de la estructura edípica convencional.

Para ofrecer una perspectiva alternativa, fiel a su postura de integrar opuestos sin desechar los polos en conflicto, Benjamin reformula las líneas del desarrollo psicológico propuestas por autores que se ubican a su alcance (Stoller, 1968; Mahler, 1975; Fast, 1990). La novedad de su propuesta no sólo reside en el contenido de la misma, sino en su perspectiva. Influenciada por las teorías posmodernas no acepta sin más una explicación que se reduzca a un desarrollo lineal, causalista, finalista, teleológico. Pese a que reconoce que algunas adquisiciones se dan en primer lugar que otras, propone desechar toda perspectiva que atribuya mayor importancia a lo que se adquiere posteriormente.

El aporte significativo de Benjamin consiste, entonces, en entrecruzar las propuestas posfreudianas del desarrollo psíquico y desarrollo del género con el concepto freudiano de resignificación. Este concepto da cuenta de la incorporación de la dimensión de la fantasía y del inconsciente en su análisis para explicar de qué modo la categoría de género se incorpora desde tiempos muy tempranos en la psique. A partir de aquí, se torna posible cuestionar la idea de fases del desarrollo que se suceden cronológicamente y cuyos efectos se depositan en la psique a modo de estratos geológicos excluyentes. La posibilidad de resignificar, de otorgar nuevos sentidos con posterioridad a inscripciones y marcas previas sólo es posible por el carácter reversible de la temporalidad propia del inconsciente. Esto nos conduce a pensar que los acontecimientos psíquicos recurren, se superponen, se modifican ulteriormente, incluso pueden ser coincidentes. Reconceptualizar la idea de fase desde esta perspectiva otorga, de entrada, cierta flexibilidad a una propuesta alternativa en relación con el modo en que se producen identidades rígidas. Por un lado, ofrece la ventaja de poder pensar ciertas características de la dimensión preedípica, mucho más convenientes a la hora de disolver la esencialización edípica de las identidades y sus consecuencias, dado que desde este punto de mira lo que se produjo antes no se desecha por obsoleto, sino que coexiste con aquello que desde un punto de vista cronológico advino posteriormente. A partir de aquí es posible devolver potencialidad instituyente a aquellas modalidades preedípicas que, a pesar de formar parte del sujeto, son sofocadas convenientemente por discursos culturales hegemónicos



que sitúan sólo como modalidades específicamente humanas aquellas que, aunque contingentes, arroja el Edipo.

En este sentido, Benjamin revaloriza la “identificación con la diferencia”. A su criterio, tal afirmación encierra una paradoja en relación con los criterios que ordenan las identidades al interior del eje igualdad-diferencia. La identificación con la diferencia atraviesa la línea demarcatoria de lo idéntico, de modo que incorpora algo de lo diferente en la formación del sí-mismo. Simultáneamente, Benjamin retoma a Fast (1990), quien re-sitúa la bisexualidad freudiana en el plano identificatorio. Ya desde las interacciones preedípicas las auto-representaciones del sí mismo se sostienen en identificaciones sexuales cruzadas. En la fase preedípica, entonces, en términos de la autora, los niños son sobre-inclusivos, es decir que la diferencia anatómica aún no ha operado marcando los límites de lo permitido y lo prohibido en relación con la dirección de la identificación y el deseo.

El esquema con el cual Benjamin piensa el desarrollo de los géneros es sobre-inclusivo. Intenta despegarse de aquellas posturas que sostienen que las diferencias genitales determinan el desarrollo del género y la identidad sexual. Por el contrario, sostiene que las diferencias genéricas, que se constituyen a través de un interjuego identificatorio a lo largo del desarrollo, sostienen y dan peso a la diferencia genital, la que posteriormente adquiere importancia simbólica capital para significar la propia experiencia y aportar inteligibilidad al mundo.

En este sentido, Benjamin (2002) destaca que la lógica binaria del Edipo separa tajantemente el amor de objeto y la identificación, instaurando la ficción de la inevitable exclusión mutua entre ambos procesos. En efecto, el complejo de Edipo carga en sí el imperativo heterosexual, en donde ser y tener, identificación y amor objetal deben permanecer separados. En esta lógica de la mutua exclusión establecida en el período edípico y en la que se basa esta organización heterosexual, sólo es posible ser “X” y tener “Y” o bien ser “Y” y tener “X”, identificación y amor de objeto están separados.

Benjamin destaca la especificidad de lo preedípico para cuestionar el ordenamiento actual de los géneros imperante en nuestro sistema cultural. Lxs niñxs transcurren a través de una intensa fase sobreinclusiva, en la cual se identifican con adultos de ambos sexos, lo que se opone a la lógica edípica heterosexual (Benjamin, 1997). A criterio de Benjamin, durante la fase preedípica, el reconocimiento y la representación de la subjetividad materna era posible. Sólo posteriormente las exigencias edípicas obligan a los varones, como único modo de acceder a la identidad de género



masculina culturalmente reconocida, a repudiar a la madre junto a los aspectos femeninos, como producto de la ya mencionada separación entre el amor objetal e identificación.

En la misma línea, Jane Flax (1990) destaca el modo en que Freud ubica, en la fase pre-édipica, a la madre como primer otro significativo tanto para la niña como para el niño. Sin embargo, a diferencia de la niña, para el desarrollo del niño el Edipo continúa teniendo mayor valor estructurante. Como Benjamin demuestra, la estructura edípica niega la primera relación de objeto. Pues en una cultura patriarcal la identidad masculina hegemónica –heterosexual, por supuesto- no sólo repudia a la madre y la feminidad, sino que, además, los miedos y las fantasías masculinas de ser engolfado, incorporado a su mundo se intensifican.

Por otra parte, la lectura de la teoría freudiana a partir de la teoría de las relaciones objetales permite afirmar la importancia que adquiere la interiorización del padre. Lo preedípico permanece como algo negado por el niño, sus objetos son femeninos, por lo que posteriormente se exigirá que sean negados, repudiados. Consecuentemente, a criterio de Flax, el niño se constituye en una especie de mónada y no como formando parte de interrelacionada de un par, lo que impacta de lleno en la constitución de su identidad y en el modo en que se ejerce la sexualidad –con dificultades en establecer una modalidad intersubjetiva.

En suma, el desprecio por las mujeres es una parte constitutiva de la identidad de género masculina dentro de la cultura patriarcal. El niño resuelve la ambivalencia inherente a todo ser humano negando la relación con la madre, mediante la proyección de los aspectos negativos a la figura materna y mediante la dominación de temores a la regresión o reidentificación con la madre mediante el control y la devaluación de su objeto original. Estas defensas se vuelven parte de la conducta masculina hacia las mujeres, signada por la capacidad de control y el uso de la violencia para distanciarse del objeto peligroso y, luego, quitarle su poder, y así mantener “la diferencia” lejos de los alcances identificatorios que contaminen la coherencia identitaria y cuestionen sus límites.

La melancolía de género en el pensamiento de Judith Butler

Es posible vincular los aportes conceptuales que brindan Jessica Benjamin y Jane Flax con algunas especulaciones teóricas de Judith Butler surgidas a partir de complejas y rigurosas lecturas de los escritos de Freud.

En *El yo y el ello*, Freud (1923) expone claramente la melancolía como un proceso a partir del cual el carácter del yo adviene como producto del residuo de las cargas libidinales de objetos abandonados, en otras palabras: una sedimentación en la psique de los objetos amados. La



identificación melancólica, entonces, preserva fantasmáticamente el objeto perdido en la esfera psíquica de modo tal que la incorporación del objeto permite al yo desligarse del mismo. Por otra parte, siguiendo a Freud, el objeto perdido recae sobre el yo, en cada una de las pérdidas, a modo de una de sus identificaciones constitutivas.

En este contexto conceptual, es posible afirmar que el objeto perdido es preservado en el yo con la particularidad de formar parte del él. Entonces, la pérdida no es total. Tal como señala Tammy Clewell (2004), se produce un trabajo de sobreinvertidura que mantiene, al menos momentáneamente, la existencia de lo perdido en el espacio de la psique. Se trata de la “sustitución de una ausencia real por una presencia imaginaria”².

Freud refiere a elecciones de objetos sexuales, lo que permite a Butler (1995) girar las reflexiones freudianas hacia su foco de interés. La autora ubica el proceso de identificación como un articulador nodal al momento de pensar el modo en que la norma social hegemónica constituye subjetividad. Se centra en la identificación melancólica y la ubica como aquel proceso privilegiado a través del cual el yo asume un carácter de género al mismo tiempo que se constituye como tal. A través de esta línea de reflexión Butler inaugura la novedosa posibilidad de pensar la formación melancólica del género.

En suma, Butler argumenta que el género es producto de la identificación melancólica. Pues en el marco de las culturas heterosexuales el género y la melancolía producen anudamientos específicos ya que los dispositivos de control montados para mantener la heterosexualidad obligatoria (Rich, 1980) prohíben de entrada la elección de objeto del mismo sexo como posibilidad legítima. De este modo, el vínculo homosexual prohibido recae indefectiblemente sobre el yo, vía identificación melancólica, habitándolo como una de sus identificaciones constitutivas. El vínculo resignado no es abolido, sino preservado en la psique a través de esta internalización, que paradójicamente forma parte del mecanismo de su rechazo.

Sin embargo, tal pérdida del vínculo homosexual continúa operando eficazmente. Los dispositivos de sujeción/subjetivación encuentran sus fallas, pues la prohibición cultural de la homosexualidad es incorporada por vía melancólica de manera ineludible como mecanismo del rechazo de una opción prohibida de antemano. La ausencia es presencia, los silencios gritan, la homosexualidad renegada se filtra entre los intersticios y las fisuras de un sistema patriarcal que contrarresta tal amenaza con dispositivos de desigualación y sus concomitantes violencias (Fernández, 2009).

² CLEWELL, T. “Mourning Beyond Melancholia: Freud's Psychoanalysis of Loss”. En *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 52(1): 43-67, 2004, p. 44.



En esta línea podemos marcar cómo el modelo edípico de subjetivación, dispositivo de sujeción por excelencia de la cultura patriarcal, produce una identidad masculina que no sólo al ser rígida, coherente y delimitada por fronteras claras excluye aspectos que recaen bajo el signo de “la diferencia” desigualada y repudiada, sino también una identidad signada por un mandato inherente a ella misma, a saber: el cumplimiento y la realización de la heterosexualidad obligatoria. La posición de género masculina, fijada a través de la producción de tal identidad, exige, entonces, el logro de la heterosexualidad. Sin embargo, tal logro depende de la prohibición de ciertos vínculos (homo)sexuales que, en tanto perdidos, son recuperados en la esfera psíquica como fantasmas constitutivos de la subjetividad que amenazan de manera constante la heterosexualidad.

Para Butler, los géneros no son una disposición que condiciona el devenir subjetivo de una vez y para siempre. Lejos de esta concepción, la autora permite pensar la masculinidad y la feminidad como posiciones que emergen como un logro de manera conjunta con la consecución de una heterosexualidad siempre precaria, construida sobre una continua prohibición que implica el continuo repudio de un segmento de la propia vida fantasmática al acatar las normas de género (Butler, 2004). El ordenamiento dicotómico de género, que el Edipo reproduce, se alcanza y se estabiliza mediante el posicionamiento heterosexual.

Sin embargo, Butler y otras pensadoras preocupadas por las vinculaciones entre los géneros y las identidades sexuales (Chodorow 1984; Benjamin, 1997; Rubin 1975, entre muchas otras) no pierden de vista que en una cultura bisexual, por llamarla de algún modo, las uniones sexuales y eróticas estarían disponibles en todas sus diversas y posibles gamas. Es claro que para Butler existen múltiples formas de vivir el género y la sexualidad más allá de los límites de la lógica edípica que estabiliza los géneros a través de la complementariedad heterosexual.

En síntesis, es posible afirmar que somos lo que no podemos tener, ya que nos conformamos con ser personalmente lo que no podemos tener sexualmente a causa de prohibiciones culturales. Entonces, a criterio de Butler, la feminidad y la masculinidad hegemónicas y convencionales, que acatan irreflexivamente la norma de género, se encuentran utilizando constantemente vestimenta funeral en homenaje a sus posibilidades homoeróticas perdidas (Jay, 2007).

Algunas líneas provisionarias: El papel de la homosexualidad masculina en las violencias contra las mujeres

A partir del entrecruzamiento de las líneas de desarrollo pre-edípicas analizadas por Jessica Benjamin (1996) y Nancy Chodorow (1984) con los aportes de Butler (1995) en relación con el



género melancólico, Meg Jay (2007) sostiene vías de acceso diferenciales hacia las identificaciones sexuales y de género para varones y mujeres, fundamentalmente enfatiza que el vínculo pre-edípico es homosexual para las niñas y heterosexual para los niños (Stoller, 1964; Chodorow, 1984; Flax, 1990). Si seguimos tal distinción, las niñas deben renunciar a este objeto de amor, pre-edípico, del mismo sexo al tiempo que pierde la unidad primaria con él. Gaylie Rubin (1975) menciona que tal pérdida constituye una de las mayores estafas de todos los tiempos. Jey afirma que esta pérdida es inefable, sustraída de la conciencia y culturalmente negada.

Butler sugiere lúcidamente que las formas culturales de vida, interpretadas desde una matriz de inteligibilidad heterosexual, se encuentran impregnadas de una ansiedad de género continua, de un miedo al deseo homosexual que infunde pánico en mujeres y varones, por temor a la pérdida inminente de feminidad y de masculinidad respectivamente. Pero, desde mi punto de vista, los varones tienen más dificultades en tolerar esta ansiedad de género debido a que tales identidades son más rígidas –dado que se conforman reactivamente por rechazo o desidentificación con la feminidad (Chodorow, 1984; Benjamin, 1996). En esta línea propongo que el miedo de los varones de quedar monstruosamente capturados en el otro género juega un papel preponderante en la violencia de los varones contra las mujeres. Los fantasmas homosexuales introyectados, a causa de una prohibición cultural, retornan de manera amenazante activando la amplia gama de aspiraciones libidinales cercenadas desde los mandatos heteronormativos. El cuestionamiento de la complementariedad heterosexual resulta intolerable para las masculinidades hegemónicas puesto que conjuga nuevamente lo que el Edipo separa tajantemente, a saber: identificación y dirección del deseo, aspectos de la vida erótica que en la etapa preedípica permanecían armónicamente integrados (Benjamin, 1997).

Me gustaría ahora vincular las consecuencias que se desprenden a partir del rechazo, repudio o desidentificación que el niño efectúa en relación con la madre en tanto “objeto” del primer vínculo. Benjamin sostiene, a diferencia de Jay, que los vínculos preedípicos no pueden ser cualificados bajo las etiquetas de “heterosexual” u “homosexual”, tales posicionamientos no son subsumibles a la lógica sobreinclusiva preedípica. Sin embargo, a criterio de Butler, al conflicto edípico subyace claramente la asunción del deseo heterosexual. Tal como ya ha argumentado Gaylie Rubin (1975), la prohibición del incesto, ubicada en el corazón mismo de la conflictiva edípica, presupone la prohibición de la homosexualidad, por tanto la heterosexualización del deseo.

En ese sentido, desde mi punto de vista, luego de la estructuración edípica que la cultura impone a la subjetividad, el niño se enfrenta con algunas contradicciones que amenazan su propia



configuración identitaria. Sostengo, entonces, que, retrospectivamente, el niño resignifica aquel rechazo de la madre –primer “objeto” de amor- como el rechazo de un vínculo heterosexual. Tal rechazo cortocircuita la lógica complementaria, dicotómica y excluyente edípica a través de la cual su identidad ha sido constituida. La contradicción expone el choque que se produce entre, por un lado, los mandatos culturales de la heterosexualidad obligatoria como premisa definitoria de la masculinidad que exigen que el varón tome como objeto de amor a mujeres y, por otro, la necesidad de repudiar y denigrar la feminidad amenazante para mantener los límites rígidos de la identidad masculina.

La cultura patriarcal asegura las violencias contra las mujeres, exige una complementariedad heterosexual que sólo puede mantenerse a costa del ejercicio constante de violencias, en sus múltiples gamas, que funcionan como diques de contención que protegen a la masculinidad de la irrupción de la feminidad culturalmente repudiada y proyectada sobre la “otro”/mujer amenazante. De este modo se mantienen vínculos complementarios que no son intersubjetivos, la mujer es denigrada, dominada, violentada por varones que intentan mantener sus identidades masculinas hegemónicas, para no dejar de ser quienes son, para no disolverse, para no pulverizar su sentido de mismidad. En esa autopreservación masculina el patriarcado encuentra estratégicamente su base psicodinámica. Complejo modo de auto propagarse y mantenerse. Los géneros llegan a complementarse obligatoriamente de un modo realmente grotesco.

El patriarcado no es sin violencia contra las mujeres. Si bien esta afirmación puede parecer una obviedad, no lo es desde el punto de vista psicológico. En el marco de una cultura que prohíbe la homosexualidad, ésta no puede más que retornar como algo terrorífico que amenaza desde nosotros mismos (intrasubjetivamente) y desde los otros (intersubjetivamente) con desintegrar los límites identitarios de la masculinidad. La violencia, en todas sus gamas, constituye una vía regia para recomponer tales límites y así aminorar la angustia de desgenerización, la que en los varones, debido a las características de su conformación identitaria, adquiere un tinte insoportable dado su rigidez.

En la misma línea de lo concluido en otro trabajo,

En el contexto de un mundo en que los géneros se constituyen bajo la apariencia de significados unívocos y esencialmente inalterables, y claramente sirven al cumplimiento de una política patriarcal de regulación y control social/sexual, el género es asumido bajo coacción a diario. Alejarnos del esencialismo y comenzar a decodificar los mandatos de género como datos que responden a estrategias de poder permite, a mujeres y a



varones, emprender la búsqueda de nuevas figuras (...) que escapen a las capturas [edípicas] de formas [identitarias falocéntricas]³.

Bibliografía

BENJAMIN, J. Los lazos de amor. Psicoanálisis, feminismo y el problema de la dominación, Buenos Aires: Paidós, 1996.

----- Sujetos iguales, Objetos de amor. Ensayos sobre el reconocimiento y la diferencia sexual, Buenos Aires: Paidós, 1997.

----- “The Question of Sexual Difference”. En *Feminism & Psychology*, 12(1):39-43, 2002.

BUTLER, J. “Melancholy Gender – Refused Identification”. En *Psychoanalytic Dialogues*, 5(2): 165-180, 1995.

----- (2004). *Undoing Gender*, New York: Routledge.

CHODOROW, N. *El ejercicio de la maternidad*, Barcelona: Gedisa, 1984.

CLEWELL, T. “Mourning Beyond Melancholia: Freud's Psychoanalysis of Loss”. En *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 52(1): 43-67, 2004.

FAST, I. “Aspects of early gender development: Toward a reformulation”. En *Psychoanal. Psychol.*, 7 :105-118, 1990.

FERNÁNDEZ, A.M. *Las lógicas sexuales: Amor, política y violencias*, Buenos Aires: Nueva Visión, 2009.

FLAX, J. *Psicoanálisis y Feminismo. Pensamientos Fragmentarios*, Madrid: Cátedra, 1990

FREUD, S. El yo y el ello. En *Obras Completas*, Tomo XIX, Buenos Aires: Amorrortu, 1923.

JAY, M. “Individual Differences in Melancholy Gender Among Women: Does Ambivalence Matter?”. En *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 55(4): 1279-1320, 2007.

MAHLER, M. *El nacimiento Psicológico del infante humano*, Buenos Aires: Kargieman, 1975.

³ MARTÍNEZ, A. “La pornografía a debate. Notas sobre sexualidad e identidad de género en los argumentos feministas”. En *NOMADÍAS*, Revista de la Facultad de Filosofía y Humanidades, N° 11, ISSN 0717-2761. Universidad de Chile. En prensa.



RICH, A. "Compulsory Heterosexuality and Lesbian Existence". En *Signs*, Vol. 4(5): 631-660, 1980.

RUBIN, G. "The Traffic in Women: Notes on the 'Political Economy' of Sex". En Rayna R. Reiter (ed.), *Toward an Anthropology of Women*, Nueva York: Monthly Review Press, 1975.

STOLLER, R. *Sex and Gender*, New York: Science House, 1968.